

Los nuevos casos del Grupo Hepta



SOL BLANCO-SOLER

**CASAS ENCANTADAS, TESOROS
Y NIÑOS PERDIDOS**

¿HAY ALGUIEN AQUÍ? II

Prólogo de J. J. Benítez

CÚPULA ENIGMAS

SOL BLANCO-SOLER

**CASAS ENCANTADAS, TESOROS
Y NIÑOS PERDIDOS:
los nuevos casos del Grupo Hepta**

¿HAY ALGUIEN AQUÍ? II

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Sol Blanco-Soler, 2014

© de la fotografía de la cubierta: Shutterstock

© de las fotografías del interior: archivo personal de la autora, 2014

Primera edición: junio de 2014

© Scyla Editores, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Editado por Timun Mas

Libros Cúpula es marca registrada por Scyla Editores, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-480-1941-9

Depósito legal: B. 7.040-2014

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Prólogo | 11 |
| Introducción | 12 |
| | |
| 1. Una de tesoros. | 21 |
| Una Diputación castellana | 22 |
| Un convento de clausura | 24 |
| Una casa parroquial | 33 |
| Las talegas con doblones de oro. | 35 |
| Las cajas y sus misterios | 36 |
| Joyas y monedas de oro | 40 |
| En busca de una Virgen | 41 |
| | |
| 2. <i>Serendipity</i> | 45 |
| Un milagro en Pedrera | 47 |
| Sorpresas en una casa de abolengo | 57 |
| En una villa romana | 62 |
| La desaparición de Cipriano | 66 |
| Un curandero con problemas | 67 |
| La muerte de un ciclista | 73 |
| El caso de Valentina. | 75 |
| Nuestra visita a la Cátedra Koestler | 77 |
| La niña de la claraboya | 82 |
| Philip y el Grupo de Toronto. | 85 |
| | |
| 3. Casas encantadas. | 87 |

| | |
|--|------------|
| Un fantasma con pamela | 88 |
| Rituales satánicos | 91 |
| La mujer del pájaro muerto. | 95 |
| La preocupación de un padre. | 96 |
| Una adolescente endemoniada. | 99 |
| El periquito de Hamburgo. | 102 |
| El caso de las garras. | 104 |
| El señor de marrón | 106 |
| El caso del gato dorado | 108 |
| Un fantasma en el pasillo. | 111 |
| Una muerte trágica en un centro de salud | 112 |
| Cuatro personajes en busca de ayuda. | 121 |
| Una plantación en Jamaica | 129 |
| Cuando un cráneo de vaca se pone a hablar | 131 |
| El edificio Dakota | 133 |
| 4. Niños perdidos | 135 |
| El niño que tenía frío | 136 |
| «No sé cómo irme» | 138 |
| Los niños de luz. | 139 |
| Cuando una mascota ejerce de ángel | 141 |
| El niño de la iguana | 144 |
| El fantasma de Nora | 145 |
| <i>Tres hombres y un biberón</i> | 146 |
| Sólo quiero jugar | 147 |
| La niña de la pelota | 150 |
| 5. Teatros | 151 |
| Un teatro en la milla de oro | 152 |
| El teatro Harvard | 155 |
| La Bombonera de don Cándido. | 157 |
| El teatro encantado de Tupelo | 160 |

| | |
|---|------------|
| El teatro Cervantes | 161 |
| La frustración de Elvira | 165 |
| 6. Un madrid poco conocido | 167 |
| Los ajusticiados de la plaza Mayor | 168 |
| La cabeza de la Puerta de Alcalá | 168 |
| La Casa de las Siete Chimeneas | 169 |
| El duende del Retiro | 170 |
| El caimán de la iglesia de San Ginés | 170 |
| El fantasma de la Casa de Correos | 171 |
| El emparedado de la plaza de Tirso de Molina . . . | 172 |
| El incendio del teatro Novedades | 173 |
| La casa de los ruidos | 174 |
| La casa de los ocho asesinatos | 175 |
| El Cristo del zapato | 176 |
| En la plaza del Carmen | 177 |
| El hostel de los gatos | 177 |
| El túnel de la muerte del barrio de Usera | 179 |
| La sangre de san Pantaleón | 183 |
| El templo de Debod | 184 |
| 7. Castillos y monasterios | 187 |
| El castillo de Canena | 187 |
| El monasterio de Montesión | 191 |
| La Torre de Londres | 193 |
| El castillo del Buen Amor | 194 |
| La abadía de las Almas Perdidas | 199 |
| El monasterio cisterciense de Santa María la Real de Valdeiglesias | 200 |
| El embrujo de Bomarzo | 204 |
| El castillo de Edimburgo | 206 |
| El castillo de Glamis | 208 |
| El castillo de Hampton Court | 210 |

| | |
|------------------------------------|-----|
| El castillo de Montsegur | 211 |
| Grandes investigadores | 214 |
| Bibliografía | 229 |

1. UNA DE TESOROS

En todos estos años de investigación paranormal, los tesoros han sido una realidad recurrente, aunque han llegado a nosotros por caminos muy diferentes. Unas veces nos han llamado sin tapujos: querían que los localizáramos. Otras, la intención se ocultaba bajo el pretexto de que encerraban fenómenos paranormales y por eso requerían nuestra ayuda.

Los tesoros han sido el sueño de aventureros, piratas, enemigos y oportunistas, pero la imagen que todos tenemos in mente cuando nos hablan de tesoros es un cofre lleno de monedas de oro, enterrado bajo una arena deslumbrante y a la sombra de un cocotero.

Los tesoros sugieren riqueza, pero también misterio. Por algo las creencias populares adjudican un protector a cada uno.

El dragón es la criatura fantástica más conocida y de más carga simbólica como protector de tesoros. En el caso de Jasón, se lo encontró enrollado en un roble. Aparece en cuentos y leyendas de todas las culturas. Se le representa como una enorme criatura que puede escupir fuego, cubierta de escamas, con aspecto de reptil y con alas parecidas a las del murciélago.

En la cueva del Higuerón* parece ser que existe un tesoro que escondió el rey almorávide Tesufín. Cuando este rey se vio acosado por los almohades en Orán, preparó una

* Sol Blanco-Soler, *Crónicas del Más Allá*, Planeta, 2013, p. 94.

flotilla de diez galeras, las cargó con todos sus tesoros y puso al mando de ella a su hombre de confianza, el almirante Muhamed Ibn Mayum.

Cuando, el 21 de febrero de 1145, Orán fue tomada, el fiel almirante puso la proa de las galeras rumbo a Al-Andalus, donde era virrey Aben Gania, el hermano de su señor. Un rumor heredado de los moros dice que en la cueva del Higuerón se oculta el tesoro de Tesufín. Tanto un suizo, Antonio de la Nari, como Manuel Laza, como el propio padre Pilón, S. J., situaron el tesoro en la cueva. El Grupo Hepta no tiene dudas sobre su ubicación, pero el tesoro sigue allí. No hay dragones que lo cuiden, pero algunos afirman que el tesoro está bien guardado por los espíritus de aquellos que lo escondieron.

La gente nos ha llamado para buscar doblones de oro, la custodia de Santa Clara, objetos religiosos o sencillamente para localizar ese tesoro cuya existencia se reflejaba en documentos antiguos pero vigentes en nuestro tiempo.

Las historias de tesoros son siempre sugerentes y atractivas, y por eso no renuncio a contar las nuestras aunque pudieran parecer un índice de fracasos. El misterio siempre es un acicate para la búsqueda que implica un afán de aventura.

Una Diputación castellana

Recuerdo una llamada que recibimos, de una Diputación, nada menos, y la historia, como siempre que se habla de tesoros, está vinculada a la codicia.

La Diputación castellana* está ubicada en un edificio del siglo XVI al que muchos han bautizado como la Torre del Diablo.

* Caso Grupo Hepta 1995.

Nos llaman porque parece que tienen problemas de ruidos extraños en el edificio. Además, han visto moverse un cuadro. Por lo visto, los fenómenos se centran en la habitación que en esos momentos es el despacho del secretario.

Revisamos el proyecto y los planos que realizó el arquitecto Manzano Monís para adecuar el edificio antiguo a las actuales necesidades. Revisamos de arriba abajo el recinto entero, midiendo sus campos magnéticos, barriéndolo con grabaciones de vídeo y con películas fotográficas de 400 ASA, de 100 ASA y hasta con película infrarroja.

Se nos comenta que el presidente de la institución no goza de buena salud, y, con el magnetómetro, los físicos sitúan varios puntos alterados que justifican la mala salud de unos bedeles y del propio presidente, cuyo despacho está todo recorrido por una corriente de agua del subsuelo.

Hasta aquí todo era coherente, hasta que los responsables con los que estábamos hablando nos comentan que ya que estamos en el lugar, les gustaría que intentáramos buscar un tesoro.

En marzo de 1980, la Diputación había comprado el edificio a unos particulares. En la escritura de compraventa ante notario existe una estipulación que pusieron los vendedores:

Como consecuencia de una tradición familiar conservada oralmente a través de generaciones, se estima que en el interior de la finca vendida existe lo que jurídicamente pudiera decirse como tesoro. Si durante tres años apareciese el referido tesoro, la parte correspondiente al propietario del inmueble, y no obstante esta transmisión, se estimaría corresponde a los actuales vendedores.

Paloma Navarrete se asoma a su bola y sitúa la ubicación del tesoro cerca de una puerta que hay en el zaguán,

donde ahora hay colocado un toro de piedra. Ante la incredulidad de los presentes se establece un contacto con un tal Sigfrido Erotamena que vivió en 1680. Nos cuenta que fue acusado de traidor y ejecutado. Trabajaba en este palacio y cuenta que le enterraron cerca de donde estaba un tesoro. Pero también nos dice que el tesoro fue desenterrado en 1793 para dárselo al rey Carlos...

Después de nuestro desplazamiento y de nuestra investigación, nos volvimos a Madrid con una estatuilla de la Diputación como regalo y con la certeza de que nuestra visita no había cumplido las expectativas de los responsables de la institución. Al advertir la corriente de agua en su despacho, quizás habíamos salvado la vida de su propietario y también la salud de los bedeles, pero ¿qué es eso comparado con el morbo y los beneficios de un tesoro?

Un convento de clausura

¡Ave María!, escuchamos todos, y el torno giró suavemente. Estábamos en el convento franciscano de las clarisas de Medina del Campo.*

El padre Pílon ya había estado en el convento para buscar agua para las monjitas. Era admirado y su fama le precedía. Gracias a esa consideración que le otorgaban, pudimos entrar las tres mujeres del equipo. Aunque parezca insólito, los hombres no tuvieron problemas al entrar en la clausura.

Por fin, invitados por la voz, fuimos pasando al locutorio, que era una habitación espaciosa y ordenada, pulcra y

* Caso Grupo Hepta, junio de 1995.

funcional, dividida en su mitad por una celosía metálica y geométrica, de espacios amplios, que permitía observar el otro lado la decoración y los personajes. En realidad, la celosía no parecía tener un papel de ocultamiento, tan sólo, quizás, el de recordar el enclaustramiento en el que viven los seres que voluntariamente se han situado detrás de ella. El locutorio estaba presidido por un retrato de santa Clara, coetánea de san Francisco.

Con el reposo y el silencio que rigen estos espacios conventuales, las monjas fueron acudiendo a la reja. Llevaban hábitos marrones, cordones franciscanos y velos negros. Eran de todas las edades, una veintena. Todas sonrientes. Se sentaron en semicírculo frente a nosotros, con mirada atenta y expectante. Entre los hábitos talares se distinguían tres adolescentes vestidas a la usanza hindú, de color fucsia, turquesa y blanco. Luego supimos que eran tres postulantas recién llegadas de Kerala. ¿Qué sueños espirituales habían empujado a estas casi niñas a trocar la libertad, la naturaleza tropical, el mar de añil, el olor a sándalo y especias por esta llanura ocre de Castilla, por los muros altos de la clausura y la campana ordenadora de su vida? Nos contaron que en la India se exigen dotes y estudios para ingresar en el convento, mientras que estas condiciones no existen en nuestro país.

Una vez que el padre Pilón hizo las presentaciones, la madre superiora y las demás hermanas nos pusieron en antecedentes sobre la historia del convento. Ya en 1246 –nos cuentan– existía la bula que permitía su funcionamiento. Simultáneamente a la creación de las universidades y a la construcción de catedrales góticas, se produjo en el siglo XIII una relajación de las costumbres, un alejamiento de las doctrinas de la Iglesia y una disminución del espíritu religioso. Muchos achacan este fenómeno al auge de la burgue-

sía y al hecho de que la cultura dejó de estar exclusivamente en manos de los clérigos. El debilitamiento espiritual de las gentes hizo necesario sustituir al monje por el fraile, para que éste conviviera con el pueblo en régimen de pobreza, y es entonces cuando surge la modalidad de las órdenes mendicantes, de las cuales la de los franciscanos, fundada por el santo de Asís, es una de las más representativas. Santa Clara nació en Asís, de familia acomodada. Pronto decidió dedicar su vida a Dios y fundó un monasterio; se encerró en él y creó un nuevo instituto religioso femenino que adoptó el nombre de «Orden de señoras pobres». La fama de su santidad se extendió por todas partes y el nombre de Clara empezó a sonar por todo el mundo con cariño y respeto. Casi siempre se la representa con una custodia en la mano, y es que se cuenta que cuando los sarracenos sitiaron Asís, santa Clara, ya mayor e invadida de achaques, consiguió poner en fuga a las tropas infieles blandiendo la custodia y el Santísimo como el mejor de los estandartes.

Después de este paréntesis necesario para situar a la orden y a santa Clara en sus coordenadas espacio-temporales, volvemos a la realidad del locutorio, a la reja y a las figuras y hábitos que bullen detrás de ella. Por muy interesantes que sean la Edad Media, Medina del Campo, san Francisco de Asís y santa Clara, el presente que compartimos con estas religiosas superó con creces la importancia del pasado.

Habíamos acudido al convento con una misión muy particular: localizar la custodia de santa Clara, que se decía había sido enterrada en algún lugar del recinto para protegerla del vandalismo napoleónico. La prospección radiestésica del padre Pilón y la clarividencia de Paloma Navarrete habían coincidido, sorprendentemente, en un mismo punto situado en el huerto, y para acceder a él, las hermanas nos permitieron entrar en la clausura.

El convento se veía moderno y funcional. Se reconstruyó en 1976 sobre los restos calcinados del anterior, que en 1960 había sucumbido a las llamas provocadas por un cortocircuito. Atravesamos pasillos jalonados de imágenes ingenuas del Niño Jesús y de la Virgen. Por todas partes se observaba orden y limpieza. Una campanilla anunciaba nuestra presencia y su sonido provocaba a nuestro paso su-



Excavando en el convento de las clarisas.

surros de ropas y portazos suaves. Pronto el gorjeo de los pájaros y el aumento progresivo de la luz anunciaron que enseguida saldríamos al jardín.

Éste no era grande, pero los arbustos, las flores y los trocitos de césped servían de descanso para la vista en el calor del verano. Su centro era una gran morera, una Virgen de piedra blanca y un pozo tradicional sobre cuyo brocal reposaba una gran campana de bronce verdoso. Por lo visto procedía de la espadaña del hospital donde san Juan de la Cruz ofició de monaguillo. El huerto, que en un tiempo había sido un vergel, estaba convertido en un rastrojal reseco por la sequía. El padre Pilón les había descubierto agua recientemente, pero todavía no habían tenido tiempo de canalizarla. Al fondo del huerto estaba el cementerio de las religiosas, que recibía sus cuerpos directamente en la tierra, sin que una lápida o una inscripción delataran su identidad.

Pasamos el resto de la mañana excavando, ayudados por un operario y su martillo neumático. Los detectores de metales habían confirmado la existencia de un objeto metálico. El calor era asfixiante y sor Natividad no hacía más que traernos jarras de agua fresca para sobrevivir a la prueba. Cuando se acercó la hora de comer, nos despedimos con la promesa de volver y tomar una taza de café en el locutorio.

Fue reconfortante volver al frescor del convento, porque la temperatura exterior se acercaba a los cuarenta grados. En el locutorio, las monjas habían preparado con detalle una mesa para el café pegada a la celosía. Estas religiosas se mantienen económicamente con la dulce actividad de su obrador. De sus fogones salen hojaldres, magdalenas, pastas, bizcochillos, bollos azucarados, brazos de gitano y mil golosinas más. El juego de café de porcelana tenía dibujos orientales y los platos rebosaban de las muestras dulces que con mimo se preparaban en su cocina. Poco a poco entramos todos en animada conversación mientras los dedos iban y venían a las bandejas. Sólo una persona se mante-



La hospitalidad de las clarisas.

nía en silencio: el capellán de las monjitas, que por su semblante serio demostraba que no estaba a gusto en la reunión. Seguro que se había visto obligado a acudir para presentar su pleitesía al padre Pilón.

Cuando llevábamos ya un rato hablando de nuestra labor y del papel que cada uno tenemos en el equipo, una de las figuras con hábito preguntó a Paloma Navarrete de qué manera podía «ver». Con naturalidad, Paloma metió la mano en el bolso, sacó de él su bola de cristal y la apoyó sobre la taza, y fue entonces cuando se inició una de las escenas más insólitas que nos ha tocado vivir a lo largo de los muchos años de investigación paranormal, porque Paloma, asomándose a la bola, empezó a desgranar acontecimientos que habrían de llegar a la vida cotidiana del convento: «Llegará una mujer rubia del otro lado del mar que ustedes ya conocen. De alguna manera existe un vínculo con esta comunidad, y si ella no puede venir mandará vocaciones nue-

vas», les dijo. Paloma adivinó las pequeñas enfermedades de algunas, y cuando le preguntaron directamente por los males que aquejaban a una mujer llamada Rosa María, su reacción fue inmediata: «¿Por qué no se lo preguntan a ella misma puesto que está aquí?». Paloma había detectado la trampa de las monjitas y de repente se organizó una algarabía de voces y un revuelo de tocas. Era como si la emotividad, la curiosidad y la palabra, acostumbradas a la regla, la compostura y el silencio impuestos, hubieran estallado en un torbellino de libertad.

La escena era surrealista. Allí estaban unas monjas de clausura consultando una bola de cristal, delante de un jesuita y de su capellán. Este capellán, en las horas de la investigación, había estado haciendo alardes de suficiencia y de incredulidad hacia todo lo paranormal, tratando a las religiosas como si fueran mujeres descerebradas e ineptas, y habíamos sido testigos de gestos y palabras que habían rozado incluso la impertinencia y la mala educación cuando se dirigía a ellas. Pero allí estaba nuestro querido capellán, presenciando la escena y sin poder rechazar la aprobación del padre Pilón.

Como los pájaros del jardín, las monjitas gorjeaban, se apretujaban en grupitos ruidosos, vibraban de vitalidad y de emoción y preguntaban y preguntaban: «¿Tendremos nuevas vocaciones? ¿De dónde vendrán? ¿Habrá dinero para terminar las obras?». En el cristal de la bola y en el de nuestras pupilas se reflejaba una escena que tardaríamos mucho en olvidar.

El calor era tan intenso que poco pudimos hacer por la tarde. La comunidad nos despidió con gran cariño, inundándonos el coche de mil sabrosas muestras de su obrador. Prometimos volver. El cuerpo metálico estaba localizado. Y claro que volvimos...



El Grupo Hepta en el jardín de las clarisas.

El 20 de julio llegamos de nuevo con el ánimo renovado y refuerzo de aparatos. Allí estaba la abadesa, sosegada y atenta, y sor Consuelo, siempre aterida de frío a pesar de los calores, y sor Juliana, recién operada de un infarto abdominal, descansando en una tumbona antigua en la frescura del jardín. La comunidad estaba muy inquieta y todas las monjitas querían hablar a un tiempo.

Parece ser que Emilio, el muchacho del martillo neumático, estaba muy asustado. La noche anterior a nuestra llegada había visto en sueños que lo que estaba oculto en el huerto no era un tesoro sino una bomba. La noticia nos sorprendió porque nunca habríamos pensado en esa posibilidad. Las monjitas, además de contarnos los sueños del tal Emilio, nos hablaron de las tragedias de su vida: hacía unos años, conduciendo Emilio su coche, un cuñado suyo había muerto en un accidente. Y para colmo, hacía unos meses la mujer de Emilio se había ahorcado, dejándole viudo con

niños pequeños. La vida de Emilio no estaba siendo nada gratificante en estos últimos tiempos, y eso podía crearle un estado de temor y ansiedad razonables, pero en ningún caso podíamos desdeñar el contenido de sus sueños. De sobra sabíamos el valor que puede tener un sueño premonitorio.

Ninguna de las monjas mayores recordaba un bombardeo en el jardín del convento, aunque sí uno muy importante en Medina del Campo durante la guerra civil. Parece ser que la aviación republicana pretendió barrer de la estación de ferrocarril un convoy que con refuerzos se dirigía al frente de Aragón. En esta conversación estábamos cuando se dejó oír una voz tenue y tranquila, la de uno de nuestros físicos, José Luis Ramos: «Lo del bombardeo a la estación es verdad. Fue hacia la una de la tarde, a finales de agosto de 1937, y lo sé porque yo estaba aquí viajando en ese tren.» Se hizo un silencio absoluto y la voz de José Luis nos siguió explicando que su padre era entonces comandante jefe de un batallón del cuerpo expedicionario de Canarias, perteneciente a la división del general Varela, y que los refuerzos habían sido requeridos con urgencia. Como era habitual, la familia seguía los pasos del cabeza de familia. Y por eso José Luis estaba en la estación de Medina ese día señalado.

Parecía como si lo inesperado y lo insólito siguieran rigiendo nuestra presencia en el convento y nuestra investigación, y como existía una posibilidad de que el romántico tesoro fuera en realidad una arma letal, y como las monjas tenían pavor a que siguiéramos excavando el huerto, paramos la búsqueda del tesoro de santa Clara y nos volvimos a Madrid.

No hemos vuelto porque no hemos encontrado un artificio que nos acompañe... Como ayudante, el tal Emilio no hubiera tenido precio...